



CONTRA PEREZA, DILIGENCIA

Esta era una viejecita que se llamaba doña Quirina y que, cuando yo era niño, vivía cerca de mi casa. Habitaba un cuartito que, por lo limpio, parecía una tacita de porcelana. Y en este cuarto, lo que sobre todo atraía mis miradas infantiles era una herradura de hierro.

Doña Quirina era superticioso.

Creía que en cada casa donde se conserva con veneración una herradura mular o caballar no penetra la pestilencia, ni falta pan, ni entra la desventura.

¿En qué fundaba la viejecita las virtudes que atribuía a la herradura?

Yo te lo voy a contar, hijo mío, tal como doña Quirina me lo contó.

Pues has de saber, hijito, que cuando Nuestro Señor Jesucristo vivía en este mundo pecador, desenmascarando a picaros e hipócritas, haciendo milagros y andando en compañía de San Pedro, tropezó en su camino con una herradura mohosa. Volviéndose al apóstol, que marchaba detrás del divino maestro, le dijo:

-Perico, recoge eso y échalo al morral.

San Pedro se hizo el sueco, murmurando:

"¡Pues, hombre, vaya una idea! ¡Agacharme yo por un pedazo de hierro viejo!"

El Señor, que leía en el pensamiento de los humanos, como en libro abierto, leyó esto en el espíritu de su apóstol y en vez de repetir la orden prefirió inclinarse él mismo a recoger la herradura y guardarla entre la manga.

En esto llegaron los dos viajeros a una aldea, y, al pasar por la tienda de un herrador, dijo Cristo:

- Hermano, ¿quieres comprarme esta herradura?

El herrador la miró, la golpeó con la uña y, convencido de que con un poco de trabajo la pieza quedaría como nueva, contestó:

- Doy por ella dos centavos.

- Venga el cobre - contestó el Señor.

Pagó el herrador, y los peregrinos prosiguieron su marcha.

Al extremo de la aldea encontraron a un chiquillo con un cesto en la mano y que gritaba:

- ¡Cerezas! ¡A centavo la docena!

- Dame dos docenas -dijo Cristo.

Y los dos centavos, precio de la herradura, pasaron a manos del muchacho y las veinticuatro

cerezas se las guardo el Señor entre la manga.

Hacía entonces un calor de infierno y San Pedro, que caminaba siempre tras el Maestro, iba resoplando, y habría dado el oro y el moro por un poco de agua.

El Señor, de rato en rato, metía la mano en la manga y llevaba a la boca una cereza y, como quien no quiere la cosa, al descuido y con cuidado, dejaba caer otra que San Pedro se agachaba a recoger, comiéndosela en el acto.

Después de haber comido el apóstol hasta media docena de cerezas, se sonrió el Señor y le dijo:

- Ya lo ves, Pedro; por no haberte agachado una vez, has tenido que hacerlo seis veces. Contra pereza, diligencia.

Y desde entonces una herradura en casa trae felicidad.

Ricardo Palma (peruano)

ACTIVIDADES

Este texto es una tradición. Tradición es una forma de contar una anécdota o situación, que fue inventada por el gran escritor Ricardo Palma. En este caso nos da a conocer cómo surgió la superstición de cómo la herradura da buena suerte.

ANÁLISIS DE IMAGEN

1. Escribe lo que más te ha llamado la atención de la lectura.

PARA RECORDAR

2. La viejecita tenía la creencia de que en la casa donde había una herradura reinaba la felicidad y no se conocía hambre. Cuenta una creencia parecida. Consulta con tus padres y amigos.

3. Según la lectura, la misión de Cristo en este mundo fue desenmascarar hipócritas y pícaros.

¿Consideras que actualmente todavía existe esa clase de personas? ¿Por qué?

4. Imagina lo que llevaba San Pedro en su morral.

5. ¿Por qué crees que la viejecita vivía sola?

BUSCA LA UTILIDAD DEL CUENTO

6. Escribe las cosas nuevas que has aprendido leyendo la tradición “Contra pereza, diligencia”.

7. ¿Cómo era el cuarto que habitaba la viejecita?

EXPRESIÓN CREADORA

8. Escribe un cuento o poema con el título: “La viejecita que vivía sola”.
